Edgardo Civallero

Estampas de Galápagos

Edgardo Civallero

Estampas de Galápagos

elzorro
deabajo
editora

Civallero, Edgardo
Estampas de Galápagos / Edgardo Civallero. – Bogotá : El Zorro de Abajo Editora, 2023.
100 p. : il. col.
1. Galápagos. 2. Ecuador. 3. Narrativa. 4. Naturaleza. I. Civallero, Edgardo. II. Título.

© Edgardo Civallero, 2023
© de la presente edición digital, 2023, Edgardo Civallero
Diseño de portada e interior: Edgardo Civallero

“Estampas de Galápagos” se distribuye bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite:

https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/

Edgardo Civallero

Estampas de Galápagos

El Zorro de Abajo Editora
Bogotá - 2023

El presente libro es una compilación de entradas de diario escritas por el autor durante su estancia inicial en las islas Galápagos (Ecuador) entre 2018 y 2019. Tales entradas, de corte mayormente anecdótico, representan la opinión, la mirada y la perspectiva de quien las escribió, y tienen como escenario principal la localidad de Puerto Ayora (isla Santa Cruz).

Las fotos que ilustran el texto fueron tomadas por el autor en distintas ubicaciones isleñas durante el mismo periodo de tiempo.

Welcome to Galapagos

Lunes, 23 de abril

Acabo de aterrizar en el aeropuerto Seymour de isla Baltra, después de un viaje de un par de horas en TAME desde Guayaquil y de que nuestro equipaje (y nosotros, ya de paso) haya sido fumigado a bordo, no vaya a ser que seamos portadores de vaya a saber qué porquerías.

Si la primera impresión es la que cuenta, la que dan las Galápagos cuando el viajero llega a Baltra no puede ser más lamentable: aquel islote es un erial. Literalmente. Un pedregal volcánico llano, de colores marrones, rojizos y naranjas, salpicado aquí y allá por manchas de paloverdes. Y de palosantos, un curioso árbol cuya corteza parece blanca pero que en realidad es cobriza: el color blanco se lo da una capa de líquenes gruesa y consistente que, a manera de abrigo, forra todo el ejemplar desde la base del tronco hasta las puntas de las ramas más finas. Como si un árbol rojo se embutiera en un disfraz de árbol albo.

Bajamos del avión por las escaleras y caminamos un corto trecho hasta el pequeño edificio del aeropuerto, bajo un sol de justicia. Con ese calor y esa exposición, no es de extrañar que estemos transitando un paisaje calcinado, sobre todo teniendo en cuenta que en Baltra no hay agua.

Entramos y, enfrentado al control de pasaportes, elijo la cola de residentes: como trabajador de la Fundación Charles Darwin, ya tengo la residencia galapagueña concedida por un año.

Tengo a un par de críos delante, dos niños que no tendrás más de 8 años, cargados con lo que parecen mochilas escolares. Parezco haber llamado su atención por algún motivo. Finalmente, uno de ellos se da vuelta.

—Excuse me, but this line is for residents only —me dice.

Me maravillo de la corrección del inglés —impecable, bastante mejor que el que pueda hablar yo— y de la agudeza del comentario, que, por otro lado, me recuerda que no importa a donde vaya en esta, mi Latinoamérica natal: siempre seré un gringo. Casi para no decepcionarlo, sonrío, asiento y le respondo:

—I know. I'm a resident.

Welcome to Galapagos.

Un cielo de enormes alas

Martes, 24 de abril

Veo mi primer pelícano pardo cruzando en lanchón el canal de Itabaca, el brazo de mar que separa isla Baltra de isla Santa Cruz. Acabamos de dejar atrás un pequeño bajío cubierto de mangles que hay hacia el centro del canal cuando pasa a nuestro lado una silueta enorme, aerodinámica, veloz, volando prácticamente a ras de agua.

Me impresiona la talla, pero me impresiona aún más que haya pasado tan cerca de nosotros. Pronto me percataré de la confianza que buena parte de la vida silvestre galapagueña se toma con los humanos, que no somos más que visitantes (y/o invasores) de su hábitat natural.

Mi primera garza azul —enorme, elegante, magnífica— la veo precisamente al terminar ese cruce de Itabaca. Al irnos acercando al muelle en Santa Cruz, podría decirse que la garza nos espera, curiosa, en la rampa de atraque. Seguramente tiene su nido entre los densos manglares que orlan toda aquella costa. Con su cuello estirado, me animaría a asegurar que alcanza el metro y medio de alto.

Veo mis primeras fragatas llegando a Puerto Ayora, ese mismo día. Son descomunales: he leído que alcanzan los dos metros de envergadura; las que yo tengo a la vista llegan, sin duda, al metro y medio. Su silueta es como unir dos hoces alargadas: las hojas son las alas y los mangos, la cola. La cabeza, pequeña, posee un pico curvo digno de una

rapaz. El símil con las hoces no es casual: al volar, parece que van segando el aire. Eso, cuando no se quedan congeladas en un punto del cielo, clavadas con alfileres al azul sin nubes del firmamento de Ayora, oteando el panorama que se extiende bajo ellas.

Afortunadamente, pronto aprendo que esas tallas no son las más habituales entre la fauna voladora local; al menos, no más allá de la línea de costa. El interior de las islas es un universo de pájaros pequeños, dominado sobre todo por los muchos y variados pinzones de Darwin.

Decido que lo mejor será mantenerme lejos de la playa.

Cui-cui-cuic

Miércoles, 25 de abril

Noche cerrada fuera. Acabo de leer el capítulo "Reptiles" de *Galápagos: A Natural History*, de Michael Jackson (sí: es el nombre del autor). Es mi lectura antes de irme a dormir, o mi lectura para provocar dormir: todo depende de la calidad del texto.

Cierro el libro y lo apoyo sobre la mesilla de noche. Luego apago la luz, cierro los ojos e intento conciliar el sueño. No han pasado dos minutos cuando siento el ruidito.

Cui-cui-cuic.

Al principio me recuerda el chasquido de una tarabilla: algo similar al entrechoque de dos piedras. Pero luego le encuentro cierta musicalidad al sonido, que sigue repitiéndose. Y desplazándose: al principio parecía venir del techo, pero ahora proviene de la pared, bastante más abajo.

Entonces recuerdo mi lectura previa, y un dato que me llamó la atención: "geckos squeak".

Me basta encender la luz para encontrar un gecko pequeñito prendido en la pared blanca, haciendo repicar su "cui-cui-cuic" con absoluta despreocupación, podría decirse que con cierta alegría, como un acto de picardía, como una travesura. Cuando

me acerco se esconde detrás de un cuadro, pero deja toda la cola fuera: asumo que creerá que, como él no me puede ver, yo tampoco lo puedo ver a él.

Tardo un rato en lograr que vuelva al techo —imposible atraparlo y sacarlo fuera de la casa— y pasa otro rato un poco más largo hasta que decide callarse.

Vuelvo a la cama. Y justo cuando empiezo a adormilarme, lo escucho de vuelta. "Cui-cui-cuic". Resulta increíble que unos animales tan pequeños puedan emitir un sonido a semejante volumen.

Prendo la luz. Esta vez son dos, los geckos. Están en el techo, muy lejos de mi alcance. Parecen estar conversando. Y no tienen pinta ninguna de querer irse a dormir.

Cementerio

Jueves, 26 de abril

Paso todos los días junto al cementerio, queda en mi camino al pueblo. Está, como suelen estar todos los camposantos de pueblo chico, a la salida de Puerto Ayora, en la avenida Charles Darwin, en dirección a la Estación Científica Darwin. Junto con el Scuba Iguana, es lo último que el caminante encuentra antes de toparse con la garita de control de acceso al Parque Nacional Galápagos.

La tapia tiene formas extrañas, curvas, y aberturas semicirculares que permiten la vista y el acceso al interior. Originalmente blanca y descascarada, la cara externa del muro está decorada con murales que representan lechuzas y búhos. Suelo preguntarme qué razón hubo detrás de la elección de semejante tema para semejante lugar, y aún continúo sin dar con una respuesta plausible. Quizás no haya un motivo, y la artista (creo haber visto, en alguna esquina, un nombre femenino firmando la obra) se limitó a pintar lo que tenía ganas de pintar. O quizás haya una explicación mucho más oculta, filosófica, esotérica...

Sea como sea, la mayor atracción del cementerio, al menos para mí, no son sus murales externos, sino sus tumbas. Más allá de los grandes tamaños y de las curiosas formas de las lápidas, buena parte de las estructuras de cemento que se alzan sobre las tumbas están cubiertas de azulejos.

Y no, no me refiero a los azulejos moriscos o portugueses. Me refiero a azulejos comerciales, de baño. O de cocina. O simples azulejos para cubrir pisos.

Lejos de tomarlo como un ejemplo perfecto de feísmo o como un rasgo cultural extravagante, o incluso como una forma de aprovechar los escasos recursos a mano en las islas, asumo que la protección que proveen las superficies enlozadas de esas piezas permitirá que las lápidas y demás elementos funerarios duren más tiempo sin descomponerse en un clima tan húmedo como este.

Sería la misma razón —evitar la descomposición— por la que la práctica totalidad de las flores que decoran los nichos son de plástico, horrorosas, baratas, probablemente hechas en masa en una fábrica china. No podría ser de otra manera: unas hermosas flores frescas desentonarían en aquel ambiente, horripilante para algunos, exótico para otros y, sobre todo, con un escaso aire fúnebre.

Aire fúnebre que desaparece del todo cuando uno se encuentra lápidas con placas que dicen, por ejemplo, "Sr. Jorge X". Como si la placa la hubiera mandado redactar el gerente del banco en el cual el finado guardaba sus ahorros, y no sus seres queridos. Otro rasgo cultural, seguramente: sutilezas que a mí, recién llegado, se me escapan por completo.

El cementerio local es una fuente de sorpresas. Y, como seguramente descubriré dentro de un puñado de meses, una buena guía para comprender parte de la idiosincrasia galapagueña.

El cielo dado vuelta

Viernes, 27 de abril

La noche parece llegar pronto a Puerto Ayora. Así como a las 6 de la mañana ya es de día y a las 9 prácticamente no se puede andar por la calle, porque el sol incinera lo que toca, a las 6 de la tarde la luz natural de esta isla desaparece. Y, además, el atardecer parece ocurrir en cuestión de minutos: ahora es de día, ahora ya no. Como si alguien pulsara un interruptor. Clic. Ya.

Estoy recién llegado, todavía no me he adaptado al ritmo de salidas y entradas diarias del sol. El anochecer me alcanza aún en Ayora, haciendo algunas compras. Comienzo el camino de vuelta a mi departamento en la Estación Científica Darwin y descubro que, como la Estación está en territorio protegido del Parque Nacional, el camino que la une a Puerto Ayora está desprovisto de cualquier tipo de iluminación artificial.

Camino, pues, a través de la oscuridad. Voy casi a ciegas, la vista clavada en mis pies, y mis pies siguiendo el cordón de la veredita que arranca en el cementerio y llega a la misma Sala de Exposiciones de la Estación.

En un momento determinado se me ocurre detenerme y alzar la vista al cielo. Y el espectáculo me deslumbra. Literalmente. Desprovisto de contaminación lumínica, el firmamento de isla Santa Cruz es una maravilla: no cabe allí una estrella más.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que el perfil de las constelaciones que conozco está cambiado. Orión está horizontal, e identifico a Draco a duras penas.

Me han dado vuelta el cielo. No será lo único que me volteen, por cierto.

Nombrándolos

Sábado, 28 de abril

He aprendido que hacemos nuestro aquello que nombramos. Es como reconocerlo, darle una identidad determinada en nuestra realidad personal, incluirlo en nuestro mundo.

Ocurre con todo: no es lo mismo caminar las calles de un barrio lleno de casas anónimas que andar por una vereda y saber quién vive en cada casa. Aquellas puertas y ventanas son puertas y ventanas amigas. Uno va nombrándolas y las hace suyas. O capaz que sea al revés: puede que sea el mundo el que nos sonríe y nos incluye cuando lo reconocemos, lo señalamos, lo decimos.

Me ocurre especialmente con la naturaleza. Hay una enorme diferencia entre caminar por un yuyal, así, informe y genérico, y atravesar un pastizal de avena loca o de berceo, o un prado de llantenes y dientes de león... Me animaría a decir que, al saberse conocidos, los largos tallos acarician al pasar.

Enfrentado a una nueva flora —ni hablar aún de la fauna—, voy descubriendo, con la ayuda de los libros de la biblioteca en la que trabajo, especie por especie: árboles, arbustos, algunas plantitas... A veces me cuesta un poco: todavía no distingo un mangle rojo de uno negro (aunque las guías que me ayudan a reconocerlos insistan en

que son verdaderamente diferentes), ni sé cómo se llaman unos arbustos que despliegan unos lindos racimos de pequeñas flores blancas.

Pero voy agregando nombres a mi repertorio. Y, en mis trayectos entre Puerto Ayora y la Estación Científica Darwin, voy señalando, voy nombrando, voy festejando que me acuerdo de este y de aquel, voy blasfemando bajito —y casi pidiéndole disculpas a la planta— cuando me olvido de uno o todavía desconozco a otro.

Y así me verán: a paso ligero, alzando el dedo aquí y allá, y diciendo "muyuyo", "espino" o "manzanillo". Diciendo "matazarno", "paloverde", "palosanto" y "lechoso".

Lo malo del asunto es que el listado de especies vegetales en Galápagos es limitado: hay un número determinado de ellas, y ya. De modo que cuando las identifique a todas, cuando las aprenda y las nombre, no me quedará más remedio que ir apodándolas una a una. "El espino del cucuve", "el lechoso de las flores bonitas" o "el manzanillo de la entrada al Parque"...

Claro que, a la hora de hacer lo mismo con la fauna, no tendré tanta suerte...

Iguanas

Domingo, 29 de abril

Decido que es tiempo de salir a conocer un poco los alrededores de la Estación Científica Darwin. Mi primer destino —quizás el más lógico, por ser el más cercano, prácticamente detrás de la biblioteca en la que trabajo— es una playa llamada La Ratonera, ubicada en el límite oriental de la Estación.

A la entrada del breve sendero de tierra que lleva al mar, un cartel pide que se dejen las bicicletas allí, pues es época de nidificación de las iguanas marinas. Un par de metros más adelante, un cartel pide disculpas en nombre de los reptiles, pues están nidificando. Como si el cumplimiento de los instintos reproductivos y los ciclos biológicos de una especie única fuese una molestia para esos pobres humanos, que no podrán caminar tranquilos y, por ende, necesitasen disculparse...

Dejo el cartel atrás y me interno por un caminito cubierto por una reseca capa de polvo rojizo, y bordeado por matorral salado —eso que los angloparlantes llaman *saltbush*—, espino y algunos muyuyos en flor. Y unos metros más adelante la veo, cruzada en diagonal en medio del sendero.

Es una iguana negra y joven. Está totalmente relajada, con toda su panza apoyada en el suelo, las patas estiradas y los ojitos cerrados. Parece un gatito manso, durmiendo la siesta estirado sobre un cojín. Sé que asumen esta posición por las mañanas, para

exponer la mayor cantidad posible de superficie corporal al sol y hacer que su temperatura aumente: dado que son animales poiquilotermos —es decir, que no regulan su propia temperatura, como sí hacemos los mamíferos, por ejemplo— necesitan utilizar elementos externos para hacerla subir o bajar.

Paso al lado de ella con movimientos lentos y, lo confieso, con un poco de miedo. Mide metro y medio: un rebencazo de esa cola correosa, todita forrada de escamas, me dejaría una hermosa cicatriz en las pantorrillas, si llega a alcanzarme. Y no dudo que lo haría. Pero no hace un solo movimiento. Cuando ya la dejé atrás y estoy dispuesto a seguir mi ruta, hace un ruido que me hace dar un respingo: una suerte de estornudo. Me doy vuelta casi instantáneamente, pero ahí sigue, echada, tan plácida. Recuerdo entonces que las iguanas marinas deben excretar la sal que absorben cada vez que se sumergen en el mar o se alimentan de las algas adheridas a las negras piedras volcánicas que componen la práctica totalidad del litoral local. Y la excretan a través de la nariz (haciendo ese ruido tan particular), de ahí que muchas de ellas tengan una costra salina encima del hocico.

Cruzo un arenal cubierto de *Sesuvium*, una rastrera endémica que guarda cierta semejanza con la uña de gato de los jardines de mi infancia, allá en Buenos Aires, y entro en La Ratonera: un par de parches de arena blanca en una costa hecha de plataformas y pedregales de lava que parece carbón de tan negra. Me acerco a las piedras y, para mi sorpresa, algunas se mueven: son iguanas pequeñas, camufladas. Cerca de ellas deambulan algunas zayapas, los cangrejos rojos del género *Grapsus* que son tan tradicionales en estas islas.

Supero una sección de manglar y me acerco a una de las porciones de arena que componen la "sección para bañistas" de La Ratonera. Y allí encuentro una iguana enorme saliendo del agua. Avanza en dirección a los mangles, más allá de la línea de pleamar. Va dejando un rastro muy curioso: las huellas de sus patas, armadas de unas uñas terribles, y una línea central, la señal que va trazando la larga cola. Me detengo y me acuclillo para verla avanzar, y descubro que parte de aquella playa está formada por púas de erizo de mar: de hecho, estoy parado sobre una alfombra de gruesos cilindros calcáreos de un color entre el rosáceo y el violáceo.

La iguana se interna entre los matorrales salados vecinos a los manglares. Me asomo, para ver por dónde anda, y me doy de bruces con una docena de iguanas, una encima de la otra, todas hechas una enorme bola, como si las hubiera pescado jugando un partido de rugby. Es un amasijo de colas, patas ganchudas, crestas y cabezas excretando sal. Doy unos pasos hacia atrás y me retiro lo más silenciosamente posible. Y vuelvo por el mismo caminito rojo y seco por el que vine. La iguana enorme ya no está: ahora, en su sitio, hay dos, bastante más pequeñas. Prácticamente tengo que saltar por encima de ellas para poder pasar.

Y ya no me asusto cuando a mis espaldas siento el ruido de un par de estornudos. Casi, casi que los estaba esperando.

Historias de asados

Lunes, 30 de abril

Cuando voy a un lugar en donde se asa algo —da igual la calidad del fuego, el tamaño de la parrilla, o lo que sea que se eche a las brasas— mi tendencia natural es ubicarme a la vera del asador. No sé si tiene algo que ver el hecho de que soy argentino y esa actitud es habitual en mi cultura. Creo, más bien, que la experiencia me indica que ahí es donde se desarrollan las picadas más sabrosas, donde se descorchan los vinos... y donde tienen lugar algunas de las conversaciones más picantes que recuerdo.

El último asador a cuya vera tuve la fortuna de arrimarme, aquí en Ayora, era una mina. Al tipo le gustaba cocinar y, además, había tenido una vida entretenida. Y por "entretenida" quiero decir "llena de anécdotas y vivencias". No era el típico fulano que alardea de sus viajes: era el que comparte esta o aquella pequeñez, desternillante a veces, emocionante otras. Era, también, un tipo que jugaba y dejaba jugar: contaba, pero permitía contar, escuchaba, festejaba la ocurrencia, aportaba un par de interjecciones adecuadas al contexto... En fin: todo un fenómeno del arte de narrar y del de compartir un asado. Como debe ser.

[No somos pocos los que creemos que la finalidad de un asado no es otra que la de crear esos espacios, esos rincones frente al fuego, esas intimidades de brasas y humos...]

En una de esas idas y vueltas de historias y sucedidos, mientras lo ayudaba a cortar unas piezas de carne, me contó una de las travesuras más alucinantes que he oído en mi vida. Y no han sido pocas. Aquí la dejo.

Estudiaba el tipo en una universidad del Norte. Ingeniería. Compartía casa con otros dos estudiantes. Uno de ellos, dueño de un flamante Volkswagen, se ausentó para pasar ciertas vacaciones con su familia, dejando al cuidado de sus compañeros su coche. Estos esperaron a que su amigo se marchase, y procedieron a desarmar el automóvil pieza por pieza.

Y luego, pieza por pieza, lo armaron dentro de la habitación del dueño.

Venta ambulante

Martes, 1 de mayo

Voy calle Floreana arriba, escuchando "Noticias de mi alma", del Raly Barrionuevo: un disco viejito, del 2007. He decidido que voy a recorrer parte del barrio al que acabo de mudarme —creo que se llama El Edén, aunque de edénico tenga poco— para ver qué es lo que se hace y qué es lo que se cuece por aquellos andurriales.

De modo que cargo un par de carpetas de música folklórica en mi viejo Samsung Galaxy y salgo a caminar.

Hoy es el día del trabajador, pero parece que el concepto es extraño al grueso de la población de Ayora, una población que sabe que para comer hay que laburar. El hambre no entiende de feriados. Buena parte de los comercios están abiertos, sobre todo los que venden cerveza y bebidas frías, los mini-markets, las panaderías y las casas de comidas, concepto este último de alcance bastante amplio y de límites bastante difusos: los mini-markets venden bolones de verde y tortillas, las panaderías venden pollo asado, y así sucesivamente.

Y después están los verdaderos vendedores ambulantes: esos cuyo ingenio y capacidad de improvisación sobrepasan cualquier intento del escritor medio de realismo mágico.

Vendedores ambulantes como ese que a mitad de cuadra, a la entrada de su terreno —casa a medio construir, tendedero de ropa de familia numerosa sobre una azotea llena de hierros aún por forrar de cemento— y a la sombra exigua que proporcionan dos altos y esbeltos cocoteros a reventar de cocos, colocó una parrilla artesanal, de esas que se hacen partiendo un enorme bidón metálico, soldándole cuatro patas y poniéndole un par de bisagras y una chimeneíta, y enchufando el conjunto a un cilindro de gas de veinte kilos.

Y al lado, salido quien sabe de dónde, un mostrador de carnicería de dos metros de largo, dotado de rueditas, con sus superficies metálicas lanzando destellos bajo el castigador sol galapagueño y sus curvas protecciones de vidrio para cubrir el producto. Adivino una rotisería improvisada a la puerta de la casa: casi puedo oler las brasas en la barbacoa-bidón, y puedo ver los pollos asados, o la carne, tentadoramente colocadita en el exhibidor-mostrador carnicero, para mejor apreciación del viandante hambriento de proteínas carbonizadas.

Dicen que la necesidad aguza el ingenio. Si es así, esta villa es, toda ella, un lugar de ingeniosos necesitados.

Lavandería

Miércoles, 2 de mayo

Llevo al mini-market de la otra esquina —cada cuadra tiene aquí un mini-market; a cuál ir es casi una cuestión de preferencias— la botella vacía de Pilsener con la que ayer celebré tanto el día del trabajador como mi llegada a mi nuevo departamento.

Entro a aquel salón —el bajo de una casa reconvertido en comercio— con estanterías metálicas en las que, como en todos los mini-markets que he visto hasta ahora en Puerto Ayora, se distribuyen lo más uniformemente posible los escasos víveres y productos existentes, para intentar llenar la mayor cantidad de espacio y dar la sensación de que hay más de lo que realmente hay. Entro, digo, y devuelvo la botella. Y antes de salir se me ocurre preguntarla a la chica que atiende el local...

—¿Hay algún lavadero por acá cerca? —Y luego, entendiendo que quizás no sea esa la palabra usada en Ecuador, aclaro.—Un lugar donde lavar la ropa...

Antes incluso de terminar mi (por demás inútil) aclaración, la chica está señalando con el índice extendido la esquina de enfrente, al otro lado de la puerta y de la calle. Veo una casa terrera pintada de un color salmón acrílico con una franja verde manzana, techo de chapa, una puerta y en el interior, parte de un mostrador de madera. Alzo las cejas y emito un "¡Ah!" que termina quedándose a medio camino.

—Lavandería, se llama —me instruye la muchacha. Asiento, doy las gracias y cruzo la calle, sorteando un par de bicicletas y a un grupo de chicos que vuelven del cole.

—Buenas —saludo. Y me quedo atónito. Dentro de aquella construcción hay una docena de lavadoras y varias secadoras, alineadas contra tres de las paredes, casi todas funcionando. Una estantería muestra las bolsas de ropa ya lavadas que esperan a sus dueños, y en el rincón opuesto, las que esperan su turno para pasar por los vientres de aquellas maquinarias. Un perrito me mira desde el otro lado del mostrador, como si fuera él el que estuviera a cargo. Repito mi saludo y desde una puerta trasera aparece una señora chiquitita, morenita. Le pregunto cómo funciona aquello, y me dice que el servicio cuesta 75 céntimos por libra de ropa. Le pregunto cuánto tarda, y me dice que un día. Asiento, y le digo que ya vuelvo.

Corro a casa y meto toda mi ropa sucia en una enorme bolsa de residuos negra que encuentro a mano. Hago el camino de vuelta, sorteando más bicis, un taxi, varias señoras que llegan de hacer las compras, y dos pinzones a los que he estado a punto de pisar. Paso la puerta y dejo la bolsa sobre el mostrador. La señora la ata bien y la cuelga de una vieja romana que tiene allí mismo. Seis libras, marca la aguja. Seis libritas justas.

De modo que por el módico precio de cuatro dólares y medio dejo mis tres kilos de ropa sucia para que sean lavadas, secadas y dobladas. Espero que no les meta demasiado suavizante. Si hay algo que odio es ir por ahí oliendo a lavanda artificial.

Pinzones

Jueves, 3 de mayo

Me apoyo sobre la barra del bar de la Estación Científica, allí en la terraza de la Sala de Exposiciones. Tengo en frente un tazón amarillo de loza lleno de un café galapagueño, oscuro y aromático. Le agrego una cucharada de azúcar, remuevo y me lo llevo a los labios. Está caliente, delicioso.

Justo entonces interrumpe mis reflexiones cafeteras un pinzón. Se posa sobre la barra. El dueño del bar no le dice nada: asumo que estará habituado a que la vida silvestre de aquellos parajes interfiera en sus negocios todo el tiempo. El tipo continúa secando vasos y yo, tras echarle un vistazo a aquella esferita de plumas con ojos, piquito y dos trazos de estilográfica por patas, vuelvo a mi café.

El pájaro se sube entonces encima de un calendario que está a medio metro de mi mano. Es un calendario comercial, de esos de silueta triangular y anillas: el pinzón se aferra a esas anillas, y no deja de mirarme. Yo me hundo de vuelta tras mi taza de loza amarilla, y el caradura alado salta a los paquetes de café promocionales que tengo exactamente en frente mío. Estamos cara a cara: si soplo fuerte despeinaría aquellas alitas diminutas y aquella cola abierta en abanico.

Viendo que ni así le hago caso y que prefiero la compañía de mi brebaje caliente a su despliegue acrobático, el pinzón baja de nuevo al metal que cubre la barra, se inclina

un poco, abre las alas apoyándolas sobre la pulida superficie y abre el pico. No puedo creer lo que estoy viendo, y miro a mi alrededor. El dueño del bar sonríe.

"Era un pichón. Te estaba pidiendo comida", me indica un compañero más tarde.

Materiales y texturas

Viernes, 4 de mayo

En cierto sentido, Puerto Ayora —o al menos Barrio El Edén, la que de momento es mi barriada— parece un pueblo a medio hacer. Uno todavía en construcción. Aunque a veces me pregunto, al ver las muchas casas sin terminar y los muchos ranchitos improvisados que jalonan estas veredas por las que camino, si tales construcciones, lejos de estar en una etapa de "todavía", no estarán en una de "ya está ya".

Quiero decir que lo que, desde mi perspectiva urbana nativa, tomo como "no finalizado", para el dueño puede ser todo lo que quiere o es capaz de alcanzar.

Sea como sea, son muchas las casas que están en obras. En esos casos, uno se encuentra, en la propia vereda, en la calle o en un terreno baldío vecino, las montañas de arena usadas para preparar el hormigón. Esa arena, en estas islas volcánicas, es negra. Parecen enormes montones de hollín de chimenea, y para un recién llegado como yo, llaman bastante la atención.

Como la llaman los andamios de construcción y los encofrados hechos con caña en lugar de con madera. Cañas de bambú, enormes, gruesas, de unos 10-15 cm de diámetro y hasta 7 m de largo. Asumo que no crecen en las islas, que las traerán de las tierras bajas del Ecuador continental: de la zona del Guayas, quizás.

El bambú se utiliza para muchas otras cosas: para techos, para galpones y quinchos, e incluso, partido y trenzado, para hacer biombos y divisorias. Su color amarillento y su particular textura se unen a los de las casas de bloques grises (unidos con cemento gris oscuro) a la vista o cubiertas con pintura plástica de colores vivos, a los muchos techos de chapas afectados por diversos grados de corrosión por el salitre, y a las planchas, puertas y superficies de madera totalmente comidas por el sol.

Todas esas superficies, todos esos tonos y tactos se combinan para componer la imagen de mi barrio en Puerto Ayora. El retrato de un espacio aún en construcción. O no.

Feria (I)

Sábado, 5 de mayo

—Buenos días, caballero —saludo.—¿A cómo los tomates de árbol?

Estoy en la feria de los sábados, en la parte alta de Puerto Ayora. La superficie cubierta que se utiliza como recinto ferial está llena de mesitas y estas, a su vez, llenas de todo tipo de producto, desde verduras y frutas a tubérculos, pollos, pescados, huevos, quesos o cerdos troceados. Son las 6 de la mañana y esto ya está repleto de gente.

El anciano que, con su esposa, tiene un par de mesas con un montón de frutas y verduras distintas —entre ellas los tomates de árbol que busco— me mira, sonríe, y susurra casi "cuatro por un dólar". Más que escuchar lo que dice, lo adivino. Lo supongo indígena, una suposición que se confirma inmediatamente cuando una mujer se dirige en quechua a su esposa, sentada tras él, para pedirle un enorme ramo de manzanilla. Le digo que perfecto, que quiero cuatro tomates de árbol. Ya he probado el jugo —a decir verdad, la fruta sin cáscara, licuada con agua y azúcar— y me ha gustado el sabor semi-ácido que tiene.

El hombre agarra una bolsa, la abre, la arremanga y me la coloca delante. Con una amable inclinación de la cabeza me indica que elija yo mismo. Me asombra: pocos vendedores dejan que el cliente escoja la fruta o la verdura, al menos allí de donde yo

vengo. Agarro los cuatro tomates menos machacados que encuentro, pago e intercambiamos un "gracias, que pase bien" antes de seguir mi camino.

Paro en otro puesto, y ahí hago mi compra grande. Voy preguntando el precio de las cosas a la señora que me despacha, voy metiendo las bolsas de manzanas, de papaya, de papas rojas o de repollo en mi propia bolsa de la compra, y voy sumando los precios en voz alta. Terminada mi compra, con todo el producto bien ordenado, saco un billete de veinte dólares y se lo entrego. "¿En cuánto quedó la cuenta?" me pregunta la mujer. Me río por dentro. Sé de sobra que ha llevado esa cuenta mucho mejor que yo, pero le agradezco el gesto de confianza: es algo que hace mucho tiempo que no disfruto. Muy por el contrario: he tenido que llevar yo mismo las sumas mentalmente, controlar el peso de lo que me ponían y, muchas veces, discutir o pasar malos ratos debido a la falta de escrúpulos de los que me despachaban. No quiero decir que eso aquí no exista: estoy más que seguro de que sí. Pero de momento no lo he encontrado, lo cual termina convirtiéndose en un verdadero gesto de bienvenida, sobre todo cuando uno lleva el cartel de "gringo" pintado en la cara, en los ojos y en toda su piel.

"Si no conté mal, quedamos en nueve dólares", respondo. "Ya, nueve dólares", repone, utilizando ese "ya" ecuatoriano que tiene, desde mi percepción, medio millar de significados posibles y que todavía me tiene un poco despistado.

Me vuelvo a detener, un poquito más allá. "Pongamé dos libritas de tomates, madre" le pido a la señora. "Elija, pues" me dice, alcanzándome una bolsa de nylon. Pero los tomates me quedan un poco lejos. "Deme usted, nomás", le digo. "Y hágame quedar

bien. Que mi esposa me diga, 'amor, vos sí que sabés comprar'". La señora suelta la carcajada. "Ya, pues, lindos tomates le vamos a elegir, que su señora no le ande pegando, pues", me promete. Y el caso es que me los elige hermosos. Ni yo ni mi hipotética esposa lo hubiéramos hecho mejor.

Y así enfilo para casa, cargado como un ekeko de frutas, verduras, tubérculos y una tajada de albacora de casi 10 cm de grosor, pescada ayer. Y varias sonrisas cosidas en mi cara, por las que no tuve que pagar un sólo dólar: esas me las llevo gratis.

Sonidos

Domingo, 6 de mayo

Dejo de tipear un rato —estoy tratando de preparar una conferencia para un congreso profesional— y me quito los auriculares, en los que no hay música: simplemente sirven para aislarme de los sonidos del exterior. Un mundo de sonidos.

El primero que me llega parece el repicar de la lluvia sobre un patio de baldosas, pero no, no somos tan afortunados como para recibir la bendición de un poco de agua en esta, la quinta paila del infierno: es una brisa —una brisa caliente— que mueve las hojas del cocotero que adorna el patio del bloque de departamentos en el que vivo. La copa, frondosa, está a una decena de metros de mi ventana, y cada vez que el viento la hace mover, el ruido me recuerda al de unos sonajeros que utilizan los chamanes de ciertas sociedades indígenas de la Amazonia peruana, y que están hechos de manojos de hojas secas. Algo de embrujador tienen los cocoteros, no lo voy a negar.

Sobre ese murmullo canta el gallo de los vecinos. Da igual que sean las seis de la tarde o las dos de la mañana: él no se ha comprado ese popular mito —porque no es otra cosa que un mito— que dice que los gallos quiquiriquean al amanecer. Él lo hace cuando le viene bien, cuando se siente inspirado, o puede que cuando tenga ganas de insultar en su propia lengua a este calor que derrite todo, todo, todo (excepto las ganas de cantar de ese bendito animal, que continúa, impertérrito).

Permanezco sumergido en tan bucólico y pastoril ambiente, pero solo unos pocos segundos: un coche viene raudo a bajarme de un hondazo el barrilete de mis ensoñaciones. Pasa otro vehículo, y más allá —probablemente en la calle 18 de Febrero, que sabe tener bastante tráfico— otros dos o tres. Se les une un motor de aire acondicionado que arranca de pronto, sin aviso, como si hubiera decidido de repente que ya estaba bien de tanto descanso y de tanto silencio y que era hora de ponerse a laburar.

La fuerza de la brisa aumenta, y el ruido de las hojas entrechocadas del cocotero domina por un instante la escena. Se escucha un "miau" —¿de dónde salió ese gato?— y de pronto se coloca en primer plano un bajo.

Un bajo eléctrico.

Toca un par de *slaps*, afina una cuerda y luego intenta una secuencia, "pom-po-pom... pom". Y a mí se me eriza la piel. La presencia de ese bajo significa que pronto tendremos "concierto" en la iglesia evangelista que tengo exactamente frente a mi ventana: un enorme galpón que sirve como templo y en el cual se celebran reuniones con mucho canto en masa, mucha música y muchos gritos de "¡Aleluya!". Que se oyen mismamente como si tuviera a toda la grey evangélica apretujada dentro de mi apartamento, alabando a Cristo Jesús por los siglos de los siglos amén.

Voy hasta la mesita de noche, rebusco en el primer cajón y me hago con un par de tapones para los oídos, de esos que antiguamente daban las buenas aerolíneas para

los viajes largos (en esos tiempos en los que las aerolíneas aún regalaban cosas). Me planto uno en cada oreja, me coloco los auriculares y vuelvo a mi conferencia. Una cosa es distraerse con el sonido de los insistentes cocoteros, los motores de los coches y algún maullido inesperado. Y otra muy distinta el hacerle frente a cuatro horas de frenéticas expresiones de fe acompañadas por una batahola de bajo, batería, saxo y guitarra eléctrica.

Y muchos "¡Aleluya!". Muchos.

RMG 03-06
ANABE

Contando mis pasos

Lunes, 7 de mayo

Hago un rollo con la bolsa de tela roja que llevo para hacer las compras (en Galápagos se recomienda utilizar la menor cantidad posible de "fundas" de plástico), me la coloco debajo del brazo y salgo, calle 18 de Febrero adelante, en dirección al "centro" de Puerto Ayora. Toca aprovisionarme de un par de productos básicos, de esos que parecen volar de la despensa.

Y de casa al supermercado —acción mecánica que me quedó como herencia de mis días de trabajador de imprenta— voy contando mis pasos.

A los 43 pasos paso por delante de una casa cuyo frente está adornado por un enorme árbol de guanábana. Sé que lo es no porque conozca esa especie (ignoro por completo todas sus características, e incluso su nombre científico) sino porque al ejemplar en cuestión no le cabe una sola guanábana más en sus ramas. Un pinzón se deleita con una de ellas, caída y reventada sobre la vereda: asumo que no será el único pájaro de la vecindad que venga a hacer las cuatro comidas del día —y a tomar algún que otro tentempié— a este jardín.

Veintidós pasos más allá, a los 65, paso por delante de un taller de zapatero. Un taller a la vieja usanza. La que asumo será la esposa del zapatero está sentada en un banquito en la vereda, y se dedica a coser con una lezna la suela de un botín que tiene

apoyado en su regazo, sobre su falda de colores. No atisbo lo que está haciendo su marido dentro: parece estar trabajando con una especie de sacabocados, esas herramientas que permiten abrir agujeros en el cuero. El local, que a lo sumo mide nueve metros cuadrados (lo cual explica, en parte, el porqué de la mujer trabajando fuera), no tiene sino un banco de trabajo pequeño arrimado a la pared, algunas cajas, y unas herramientas colgadas del otro muro.

A los 90 pasos me cruzo con un taller de mecánica. Por el ruido que escucho dentro asumo que el trabajo allí se desarrolla de la misma manera artesanal en la que trabajaban los zapateros. Y adivino que no salen a enderezar algún caño de escape o a limpiar algún carburador a la vereda porque... bueno: mejor no adivinar nada. Un poco más allá, en el paso 137, comienza una cancha de fútbol —que termina en el paso 180 y algo— en la cual dos equipos de chiquillos están queriéndose comer al réferi (un adulto) por lo que supongo será una mala decisión arbitral. Veo manos llevadas a la cabeza, mucho movimiento de brazos, y un juez imperturbable, seguro de que lo que dice es la ley, y al que no le guste, a-patear-el-furbo-al-campito, que dirían en mi pueblo. Cosa harto difícil en un pueblo en donde todos los potreros parecen estar sembrados de arbustos espinosos y trozos de lava de grandes dimensiones.

Llego a la avenida principal un poco más allá y dejo de contar. Se acaba la vida de barrio y comienza la vida de "centro", una vida pensada para recibir al visitante. Una vida carente, en gran medida, de los pequeños detalles que fui encontrando allí atrás, allí al lado, tan cerquita. A solo un puñado de pasos.

Curiosidad

Martes, 8 de mayo

Me lo mostró una de las investigadoras de la Estación Darwin. Ella y sus acompañantes estaban haciendo unas pruebas con drones en isla Floreana, observando, entre otras cosas, cómo reaccionan las especies animales —sobre todo los pájaros, pero también la única abeja de las Galápagos, la carpintera— a la presencia de semejantes artilugios mecánico-voladores.

Al parecer, algunas abejas se aceraron al dron más pequeño que tenían, probablemente atraídas por el sonido zumbón. Los pinzones y los cucuves, observaron, ni se molestaban en mirar hacia el aparato, en tanto que las aves marinas tampoco parecían verse afectadas.

No ocurrió lo mismo con los gavilanes. Algunos de ellos parecieron querer lanzarse, garras en ristre, contra aquel ingenio volante, y fueron varios los que lo sobrevolaron, o dieron vueltas en torno a él, quién sabe con qué intenciones.

Puede que intuyendo que aquella especie rapaz demostraba cierta inclinación por acercarse al dron, fueron a aterrizar uno cerca de un ejemplar joven. Y dejaron la cámara de video encendida, grabando, apuntada hacia el emplumado cazador. Este observó al extraño visitante aterrizado del cielo, miró a su alrededor, y como quien no

quiere la cosa fue acercándose al aparato. Luego se puso a mirarlo detenidamente, alzando y bajando la cabeza.

Y luego picoteó —mordió, podría decirse, si los gavilanes tuvieran dientes— uno de los salientes plásticos del dron.

Probablemente decepcionado al hallar que aquello no era comestible, y quizás un tanto confundido al ver que su presa no huía tras semejante agresión, el joven gavilán le dio la espalda, oteó a su alrededor, y se alejó unos pasos.

Y se fue volando, seguro que a buscar algo con un poco más de reactividad o de interacción que aquella fría máquina humana.

De cabellos

Miércoles, 9 de mayo

En un radio de dos cuadras alrededor de mi casa hay tres peluquerías. Dado que aún no estoy particularmente familiarizado con la geografía comercial de Puerto Ayora, no logro saber si el azar me ha colocado en una suerte de epicentro del corte de pelo galapagueño, o si esta densidad de peluquerías por kilómetro cuadrado es lo normal en este pueblo.

Los tres establecimientos peluqueadores que me rodean son bien diferentes unos de otros. Diferentes en cuanto a la presentación de sus servicios, y diferentes en cuanto al estilo general que utilizan para realizar el corte. Al menos hasta donde he alcanzado a pispear.

La primera, me da la sensación, está orientada sobre todo a un público femenino, aunque parece realizar algunos cortes masculinos tipo "actor de telenovela venezolana" o "cantante colombiano de música pop".

La segunda, por su parte, es una peluquería de gente joven, de esos que gustan de llevar el pelo muy corto a los costados, decorado con algunos diseños hechos a máquina, y la parte superior de la cabeza con el pelo un poco más largo y engominado.

Finalmente, la tercera se llama "Salón de belleza", y creo que está en una posición intermedia (si tal proeza es posible) entre la primera y la segunda: ni tan telenovelesco ni tan modernista.

Personalmente, y tras ver los resultados que salen puertas afuera de esos locales, estoy valorando seriamente la idea de dejarme el pelo largo. Aunque lo que seguramente terminaré por hacer será irme a una peluquería que vi hace unos días en la parte alta de la avenida principal: sillones de la vieja escuela, espejo largo, y señor mayor cortando a navaja. Para lo que yo necesito, no hace falta nada más.

Pelican Bay

Jueves, 10 de mayo

No sabía cómo se llamaba aquella hendidura en la costa. Para mí, era la parte del malecón de Puerto Ayora en donde se ubica el Mercado de Pescado. Una entrada de mar bordeada de enormes mangles, en donde atracan los botes de los pescadores.

Y en donde, al parecer, duerme la mitad de la fauna nativa de Ayora.

Las iguanas marinas se desmayan, literalmente, sobre los bancos, las baldosas o la baranda de cemento que separa la calzada del mar. O donde el sueño las encuentre. A la tarde suelen estar desparramadas, absolutamente zurridas —no encuentro mejor palabra para definir el estado en el que parecen estar— sobre el cemento.

Las fragatas dejan de guadañar la escasa brisa marina que corre en el lugar y se posan, enormes y magníficas, sobre las barras metálicas del falso techo que cubre el Mercado de Pescado. Sus picos rapaces se recortan contra las últimas luces del día.

Las garzas plomizas se ocultan entre las mil raíces trenzadas, enredadas y entrelazadas de los mangles. Pasan largo rato acicalándose las plumas antes de hacerse un bollito de plumas gris oscuro y quedarse inmóviles. Las enormes garzas blancas, por su parte, hacen lo propio sobre las rocas.

Si no están jugueteando o tratando de cazar algo en el agua, los dos leones marinos que son ya habituales del Mercado de Pescado se acurrucan como gatitos bajo los mostradores de ladrillo y allí se quedan, regalando instantáneas a los turistas que pasan por allí. Una vez dormidos ni pestañean, no importa lo mucho que se les acerquen los curiosos.

Pero probablemente los que más llamen la atención, por su tamaño y por dormir en cualquier parte —sobre todo en los techos de los barcos pesqueros, pero también en las escaleras, en las veredas, en las piedras o en las copas de los mangles— son los muchísimos pelícanos pardos que se dan cita en ese rincón de la ciudad.

De allí el nombre de aquel sitio. Pelican Bay.

Sombra

Viernes, 11 de mayo

Veo a un grupo de bañistas disfrutando de la marea baja en los pedregales que hay entre las playas de La Estación y La Ratonera, cerca de la Estación Científica Darwin. Como muchos otros, llevan la camiseta puesta, e incluso algunos nadan con gorra. El sol no perdona.

Flotan entre la costa —una colada volcánica resquebrajada en bloques— y escollos igualmente negros, igualmente ásperos, e igualmente salpicados de enormes zayapas, manchas rojas que se mueven de un lado al otro al compás de sus ocho patas. Nadan y juegan sobre un fondo de arena clara, de los pocos disponibles para el público en esta isla.

Desde mi posición de observador, varios metros por encima del agua, los veo disfrutar. Y al mismo tiempo, veo deslizarse una sombra sobre la arena. Es enorme, y se mueve despacio. Viene desde la playa de La Estación, al oeste, y se dirige directamente hacia el grupo de personas que chapotean, divertidas. Pasa a un metro escaso de sus piernas. Casi asumo que, de haber podido, los hubiera atravesado sin problemas, como si se tratara de un fantasma.

Aquella sombra casi romboidal cruza bajo mi mirada, con sus movimientos pausados y rítmicos, y sigue su camino hacia La Ratonera. Es entonces cuando la identifico: es una

raya águila. La gente que deja atrás comienza a salir del agua, ignorantes de lo que acaba de suceder.

"A veces pasan cardúmenes enteros de rayas doradas, o incluso tiburones", me explican luego. Y yo comienzo a pensar seriamente en no meterme en el mar. No me gustan las aguas con tantas sombras.

Feria (II)

Sábado, 12 de mayo

Esquivo dos gallinas negras atadas por la pata a una enorme piedra calzada en la vereda, y me zambullo de cabeza en la feria de los sábados, en Ayora.

No puede decirse que desde lejos se oiga el barullo, lo cual resulta bastante llamativo para tratarse de un mercado latinoamericano. Lo que oigo desde dos cuadras antes de llegar son los "buenos días" de un montón de gente a la que no he visto en mi vida. Pienso que probablemente ellos sí me hayan visto a mi —mis pintas son bastante recordables, y Puerto Ayora no es más que el proverbial "pueblo chico"— aunque termino llegando a la conclusión de que mi bolsa roja enrollada bajo el brazo me delata como comprador de feria (a esa hora, ¿adónde más voy a ir?) y que el saludo responde a una amable y simpática solidaridad entre madrugadores que van a buscar producto fresco.

—Leche, vendo leche de vaca —pregona un señor con dos cántaros metálicos a su vera. El zafado de turno, que nunca falta, pasa a su lado y lo picotea: "Yo quiero leche de toro". El vendedor es rápido: "Ah, amigo, si usted gusta de eso...". La leche pasa de las cántaras a bolsas de nylon, que se atan cuidadosamente y se meten dentro de una segunda bolsa para asegurar el contenido. Me recuerda la venta ambulante de batidos de quinoa a los estudiantes de primaria antes de entrar a la escuela por la mañana, en La Paz, Bolivia: una bolsita llena de la bebida, con la boca atada en torno a un sorbete.

Voy pensando en el hermoso arroz con leche que podría hacerse con semejante materia prima mientras atravieso la sección de "comedor" de la feria. Hoy está concurrida. En general, son puestos hechos con cuatro o cinco mesas que forman un rectángulo, en cuyo interior está la vendedora, sus ollas y sus baldes, y en cuyo exterior se sientan los comensales, como si lo hicieran en el mostrador de un restaurante. Otros puestos son un poco más elaborados: en una mesa se despacha y en otra se come. Todavía me asombra que, para el desayuno, se despache hornado de cerdo con mote, o arroz con pollo y aguacate. A las 6 de la mañana...

Parece que hubo buena captura de wahoo este fin de semana: todas las mesas de los pescadores lo despachan. "Compre wahoo, dos dólares la libra. No la pague a tres con cincuenta en el mercado de pescadores..." es el reclamo. Las amas de casa pican. "Póngame tres libritas, y me le quita el cuerito". También hay albacora —ubicua—, pez brujo y algunos ejemplares más chiquitos, a tres por un dólar.

Veo muchísimo plátano —los patacones y los chifles no se hacen solos, y son parte importante de la dieta isleña y de la de las tierras bajas ecuatorianas, de donde vienen muchos de los habitantes de las Galápagos— y poca yuca, mucho tomate de árbol y naranjilla y poca papaya. Todavía no conozco las temporadas de cada cultivo, de modo que en eso voy tocando un poquito de oído, aprendiendo a partir de lo que veo.

Mi "casera" —la vendedora a la que he decidido adquirirle el grueso de mi compra semanal, aunque siempre esté abierto a otras opciones— me despacha manzanas y un poco de repollo. Ando necesitando cebolla. "Un par de cebollas", le pido. "¿De cuál, de

la colorada?" Miro hacia el área de las cebollas de su mostrador y veo lo que yo conozco como cebolla roja y cebolla blanca. "No, de la blanca", digo. "Alcánzame dos cebollas blancas", le pide la mujer a su marido, que está más cerca. El hombre echa mano de lo que para mí son cebolletas. "No, no, no, lo de al lado", aviso. Pero claro, las cebolletas tienen dos lados, y el hombre se tira hacia la izquierda, a los puerros. "No, a la derecha". El individuo posa su mano sobre las cebollas que yo quiero y me mira con cara interrogante, capaz que un poco harto del extranjero que no sabe cómo se llama la comida que come. "Sí, esas. Dos, quiero". "Cebolla perla, se llama" me dice mi "casera". Agrego un ítem a la lista mental de palabras ecuatorianas nuevas que tengo que recordar, mientras asiento y sonrío.

Para cuando termino de recorrer todos los puestos tengo mi bolsa roja de tela llena hasta los topes. Enfilo pesadamente el camino hacia casa. Y saliendo de allí me encuentro de nuevo con la piedra enorme calzada a la vereda. Ahora solo sujeta a una gallina. No luce muy contenta.

Turistas

Domingo, 13 de mayo

Me acerco un ratito a la playa La Ratonera. Tengo ganas de mirar el mar y escuchar el runrún de las olas.

La marea está baja. Las zayapas corretean por las piedras, dando el único toque de color a lo que de otra manera no es más que una auténtica manta resquebrajada de lava negra.

Un pelícano grandote da vueltas entre los dos espolones rocosos que componen los límites de la playa. De vez en cuando cae al agua, supongo que para capturar algo. Las iguanas marinas van surfeando las olas y saliendo del mar a la orilla. Buscan lugares soleados para secarse: hay un tronco viejo, blanquecino y astilloso, con toda una hilera de ellas encima.

Estoy a solas con todos ellos, una pieza más de la estampa. Hasta que llegan cuatro turistas. A no mirar nada y a fotografiar todo.

Las iguanas se esconden entre los matorrales, los cangrejos se meten entre las piedras, el pelícano alza el vuelo hacia rincones más tranquilos.

Y yo, parte del ecosistema, también me esfumo. No vaya a ser que encima vayan y me hagan una foto.

Flamboyanes

Lunes, 14 de mayo

Están podando árboles, los vecinos. No sé si los podan ellos: me da la sensación de que hacen venir a gente que sabe del asunto para que los poden, les recojan los restos y se los organicen. El municipio recoge luego ramas y hojas, que se usan para compost.

En la esquina están serruchando un árbol que en Argentina llamamos "chivato". Es un árbol espectacular, de hojas de un verde vivo y profundo, flores que van del amarillo anaranjado al escarlata y unas vainas enormes, que se usan para hacer música. Al de la esquina lo está podando un señor mayor. Muy mayor. La imagen me lleva veinte años atrás, cuando descubrí lo que era un chivato allá en Presidencia Roque Sáenz Peña, en la provincia de Chaco, Argentina. Allá los que cortaban el pasto, los que cortaban ramas y hacían esas tareas eran los "tobas", la gente del pueblo Qom. Gente mayor, también. Hombres que parecían que no iban a poder con su alma.

El señor serrucha ramas y luego las machetea para ir reduciendo el volumen. Finalmente arma haces que va amontonando en la vereda. Ya estaba trabajando cuando salí para el laburo esta mañana. Lo saludé con un "buenos días" que respondió amablemente. Me lo encuentro, aún dándole al machete, cuando regreso a mediodía. El calor es sofocante.

—Ya no está pa' andar macheteando, caballero —le tiro. Para y se seca el sudor.

—Ya, pues, si no macheteo no como, m'hijo.

—Y, sí... —No hay nadie que pueda retrucar esas razones. Yo mismo las he conocido demasiado bien toda mi vida. Cambio de tema, pues.—En mi tierra a ese árbol lo llamamos chivato. ¿Acá como se llama?

—Aquí le dicen de distintas formas. Flamboyán, es lo más conocido.

—Ah, flamboyán... Lindo nombre... Bueno, pues que usted lo pase bien...

—Ya... —Inclina la cabeza para saludar y vuelve al macheteo. Y yo me voy a casa con una nueva palabra en mi vocabulario. Una que ya había escuchado hace algunos años —¿alguna canción cubana?— pero que ahora puedo asociar a un árbol deslumbrante y a un señor viejito, retostado por el sol y el trabajo, macheteando para vivir.

Almuerzo con pinzones

Martes, 15 de mayo

—¿Le queda almuerzo, doña?

Estoy en el Parque El Edén, la "placita" de mi barrio, donde van a jugar los chicos y a comer los trabajadores de la zona. Dos señoras tienen una especie de restaurante o comedor popular. Un "almuerzo criollo o vegetariano" por cinco dólares. No está mal.

—Sí, m'hijo, tengo una sopita de frijoles y un arrocito con pollo. Y de menú vegetariano...

Meneo la cabeza.

—Ah, usted es normal. Ya, pues, un arrocito con pollo —me dice, y yo acepto, claro. Hace mucho tiempo que no me dicen que soy "normal". Mucho menos que no me venden un almuerzo con tanto cariño.

Me siento y me ponen delante un cuenco de sopa y una bandeja de arroz como para tres personas, que me pienso comer yo solo porque tengo un hambre canina. Un poco más allá me ponen un vaso de una bebida roja que adivino, de entrada, que no voy a tocar porque vaya usted a saber qué es eso, y una especie de magdalenita de chocolate.

Empiezo a comer y baja de los árboles al techito del comedor un canario de manglar. Es hermoso, amarillo y verde y negro. Canta, y aquello es un espectáculo: convierte el humilde parque mismamente en la Scala de Milán. El tipo me otea, juna lo que estoy comiendo, pero no se mueve de donde está. Acto seguido baja de los árboles un pinzón. Cae prácticamente a mis pies. Tiene mucha menos vergüenza o mucha más desfachatez que su primo cantor: se sube al banco largo en el que estoy sentado, salta del banco a la mesa y se coloca al lado de mi plato, a mirarme como morfo.

Yo quiero ver hasta donde es capaz de llegar, de modo que ni me inmuto, y sigo a lo mío: engullir arroz con pollo, maduro frito y tomate.

El pinzón de acerca a los saltitos al platillo de té en donde me han puesto el postre. Yo sigo comiendo. El tipo apoya una patita sobre el borde del plato, para probar si se mueve, si se balancea con su peso. Impresionante. Está un rato así, apoyando el peso de su cuerpo en una sola patita, y cuando ve que no pasa nada, finalmente se sube apoyando las dos patitas.

Algo hace que no se sienta seguro, porque revolotea y vuelve a probar con una patita, pero ahora en otra parte del borde. Ahora sí, ahora siente que se equilibra bien, así que se apoya con las dos patitas y, parado ahí, en el platito de té, me mira y mira el bollo. Yo, piola. Parece pensarlo un rato, pero no se anima a darle un picotazo, de modo que se aleja a los saltitos.

Yo me compadezco, agarro una migajita de la magdalena y se la pongo en el banco al lado mío. Tarda dos segundos en pispear lo que hice, otros dos en bajar al banco y mucho menos en llevarse la miga.

No tarda en bajar el canario, probablemente a intentar repetir la jugada. Pero yo ya me había comido todo. "Tarde piaste", le digo. Nunca mejor dicho. Y es que, como decimos en mi tierra, futboleramente, "el que no la toca de primera..."

Artículos escolares

Miércoles, 16 de mayo

Me acerco a una papelería que hay frente a la escuela del barrio, a dos cuadras de casa. Necesito un par de cosas. Fuera de mi departamento ya cayó la noche y con ella abrieron los negocios que ofrecen cenas al paso: hamburguesas, bolones, salchipapas, restos de hornado del mediodía con su mote o sus patacones...

Pero a lo que iba: voy a la papelería. Mientras espero que me despachen entra un señor mayor. Probablemente tenga muchos menos años de los que aparenta; a ciertas personas la vida no les ha ahorrado ni un gramo de penurias. Es claramente indígena: más allá de los acentos que tiñen su castellano, las formas y las estructuras que usa, o de la piel y los rasgos de su cara, o de su forma de vestir, lo delata la forma de pararse dentro de aquel negocio, como pidiendo permiso para que lo dejen estar allí. Pienso en lo que lo motivó a sentirse así, y entiendo que yo mismo soy parte de una sociedad cruel con los suyos, una sociedad malinchista que abraza al que viene de fuera y desprecia al propio.

Aquel hombre se para al lado mío, y pide lo que busca. No sabe cómo se llama, tampoco sabe para qué sirve: se lo han pedido a su hijo en la escuela. Sabe que es de plástico, y sabe que tiene una silueta determinada. Y con un dedo índice deformado por la artritis y en el que no cabe un callo más, traza un semicírculo sobre el vidrio del

mostrador. La dependienta duda: ¿una escuadra, quizás? "No, no, triángulo no; así, pues" replica el hombre, y vuelve a trazar el semicírculo con el dedo.

—Creo que el caballero busca un transportador —intervengo. —Para marcar ángulos. Es la mitad de un círculo.

Ahí caen. En Ecuador se llama "conversor", creo entender. Le traen uno: en efecto, aquello es. Mientras le cobran, el hombre me musita un "gracias" apenas esbozado, y yo hago lo propio con mi "no hay de qué, amigo". Pienso que el chiquillo que utilizará aquel transportador-conversor será enviado a la escuela para tratar de zafar del destino que hizo que su padre perdiera las manos como las perdió. Su madre no las tendrá mejor. Ni sus abuelos, ni sus tíos...

Llevo vistas demasiadas de esas manos. Le dedico un gesto amable y una sonrisa antes de salir de allí, terminada mi compra. Es lo menos que puedo hacer.

Maduros

Jueves, 17 de mayo

Tengo mandados que hacer (¿cuándo no?). Así que enfilo por calle Petrel hasta Duncan, y desde ahí giro en dirección a avenida Baltra.

Ya pasaron las 6, atardece —una sensación de oscuridad acentuada por un cielo que desde hace unos días está encapotado— y ya están sobre las veredas los vendedores de plátanos asados.

Tienen unas parrillitas, a veces chiquitas, otras medianas, en donde colocan maduros —ni plátanos, ni bananas, ni verdes, ni guineos: madu-u-uros— para asarlos. Los más los venden así nomás, envueltos en sus cascaritas para que la gente agarre los trozos con la mano y listo; los más elegantes los sacan de su envoltura natural, cortados prolijamente, y los ensartan en un palito, como si fuera una especie de kebab tropical e isleño.

Sea como sea, parece que estas horas —las horas de salida del trabajo y de hacer trámites y compras antes de la noche, las horas en las que se cae el servicio telefónico por demasiado uso— son, además de todo, las horas en las que pica el hambre pre-cena. Y, como pregona una vendedora, agitando un trapo encima de su minúscula parrillita en la que caben cuatro maduros nomás, "¿qué mejor que un madurito asado, vea?"

Fotos perdidas (I)

Viernes, 18 de mayo

Acá en Ayora son incontables, las fotos perdidas.

Así llamo a esas imágenes —potenciales fotos perfectas— que me encuentro justo cuando no llevo ni cámara ni ningún artilugio equivalente encima (léase "teléfono móvil"), o esos momentos fugaces en los que no me vale ni siquiera la pena echar mano de la cámara, aunque la lleve conmigo: sé que no me dará tiempo de tomar la fotografía.

Como digo, son incontables.

Un par de barcas de madera, dadas vuelta en el patio de una casa, bajo la sombra de unos papayos, iluminadas por los rayos tiernos de un sol recién nacido. Las tablas estuvieron pintadas de azul vivo en algún momento, pero el tiempo se ha ido comiendo el color, y el clima ha ido convirtiendo el material en un manojo de astillas. Sobre una de ellas, una mama gata de tres colores —blanco, caramelo y negro— da de mamar a dos cachorritos...

Una pared de piedra con paneles de cañas de bambú aplastadas. En esa pared, una puerta, de madera, cubierta con varias manos de pintura plástica de un verde tirando a oscuro. La puerta está abierta, dejando ver un patio de tierra y dos bancos de madera.

Y justo en el quicio de la puerta, tan en el medio que podría jurarse que está colocada con regla, una enorme lagartija de lava mira hacia afuera. Parece que alguien hubiese llamado y el reptil hubiera salido a atender.

Otra puerta, esta de barras de metal trenzadas con cierto buen gusto. Un día estuvo pintada de rojo, pero el bermejo que la cubre ahora es pura herrumbre. Atado a los fierros oxidados, un cartel, escrito a mano en un folio, colocado dentro de una funda plástica y asegurado con fino cable eléctrico verde, con un clásico *cave canem*: "Cuidado, perro bravo". Exactamente debajo, asomado a la calle, mirando la gente pasar para matar el comprensible aburrimiento de mascota en pueblo chico, un cachorrito todo despeinado —¿el hijo del can bravo, el aprendiz, el pasante en prácticas?— con dos ojitos que parecen dos goterones de melaza y una terrible cara de no ser capaz siquiera de chumbar.

Fotos perdidas, sí. Aunque no tan perdidas. Quedaron grabadas en mis retinas. Tanto como para ser capaz de describirlas aquí, con palabras. Y, ahora que lo pienso, capaz que sea el mejor destino que esos momentos puedan tener.

Fotos perdidas (II)

Sábado, 19 de mayo

Es temprano, el sol recién comienza a asomar. Ya estoy en la calle, pues hoy toca feria. No tengo ninguna prisa: voy observando casi con detalle las formas de los adoquines pseudo-hexagonales que intentan tapizar las calles de Ayora. Y digo "intentan" porque algunos no lo logran: han desaparecido o están desencajados de su sitio.

Aburrido de contemplar aquel rompecabezas de piecitas que componen la calle por la que andan las bicicletas, los taxis, algún camión y la gente de a pie, como yo, alzo la cabeza, y veo una foto perdida que podría ser, en realidad, una película. Perdida también, por qué no.

En lo alto, una docena de fragatas giran como buitres. Quizás estén al tanto de que acaban de llegar los pescadores a Pelican Bay y escenifiquen aquella danza, que me recuerda a las de los "pieles rojas" preparándose para la guerra en las viejas películas del Oeste. No me extrañaría verlas caer en picado de repente, lanzadas contra las redes o los cajones de pescado.

Bajo ellas, que no dejan de girar, comienzan a pasar, como en una especie de desfile, bandadas y bandadas de garzas blancas. Una tras otra. Se mueven de la costa a las tierras altas. Viven en los manglares, pero sé que van a las zonas agrícolas a comer. Cada bandada, en forma de V, lleva entre doce y quince garzas, y cuento más de una

docena de bandadas. Con lo que centenar y medio de enormes aves blancas acaban de cruzar el firmamento por encima de mi cabeza.

Y me da por pensar si alguien más habrá visto o se habrá fijado en semejante espectáculo, o si ha sido *for my eyes only*. Aún sin saberlo, me siento terriblemente afortunado. Pateo una piedrita y sigo contando adoquines, camino a la feria. Esta vez la sonrisa la llevo puesta antes de llegar allí.

Vecino

Martes, 22 de mayo

Entro al mini-market a dos cuadras de casa. Son mis proveedores oficiales de líquido, es decir, de agua y de cerveza. Ando necesitando un par de cositas sólidas y, honestamente, irme hasta la otra punta de la villa para comprar mermelada y leche me da una fiaca terrible.

Entro y no veo nada de lo que busco. Le pregunto a la chica que atiende, y señala un punto a mis espaldas. Tengo ambas cosas, la leche y la mermelada, a dos palmos de mi mano. Me río. Se ríe. Pago, y cuando me despido, me dice "Adiós, vecino".

Resulta que "vecino" —o su forma abreviada, "veci"— es la forma cariñosa con la que los habitantes de Puerto Ayora se tratan entre ellos. Y solo entre ellos.

Bicicletas (I)

Miércoles, 23 de mayo

Me compré una bici. Una de color cobre, con todas las partes metálicas un poco mugrientas, mezcla de grasa y tierra y óxido. Me costó 50 dólares. Ahora soy un miembro más de la sociedad ciclista galapagueña, que, exceptuando a los ubicuos conductores de taxi —esas camionetas blancas que están virtualmente *everywhere*— incluye prácticamente a todos sus miembros.

Incluso a algunos que parecen incapaces de subirse a una bici.

El estado del rodado no es el mejor, como auguraba el precio. De modo que me voy a una bicicletería. Ya no recordaba cómo era eso, creo que la última vez que fui a una fue hace unos veinte años. Esta es chiquitita, como son todas las buenas bicicleterías del planeta, con el dueño trabajando en la vereda, junto a una hilera de bicis aquejadas por las más variopintas patologías.

Llego y le presento la mía, pobrecita, un poquito renqueante, con las gomas con poco aire y las pastillas de frenos a un dedo de distancia de las llantas. El señor es bajito, moreno, callado. Me pregunta que le anda pasando, y yo le indico el cuadro de enfermedades de mi nueva compañera.

El señor agarra una gomita y le infla las cámaras. Después busca una llave dentro de un cajoncito de madera que tiene ahí a mano, afloja una tuerca, tira de un cable y posiciona las pastillas de frenos para que hagan su trabajo y frenen el vehículo biciclo. Luego, a pedido mío, hace lo propio con los cambios —es una bici sencilla, de doce cambios nomás—, la hace rebotar un par de veces contra el suelo para comprobar que tan sólido es el marco, le ajusta el sillín un poquito más arriba, y me la entrega.

Estoy satisfecho. Ahora tengo una bici que funciona.

Le pregunto si tiene cadenas y candados. "Sí", me dice, "pero de las baratas no me quedan, vea". Me la llevo igual, sale diez dólares. Con mi bicicleta arreglada y mi seguro, le pregunto al señor cuánto le debo. "Diez dólares", repone. "Pero maestro", le digo, "¿y su trabajo?" "Está bien, no se preocupe" dice el tipo, tranquilamente. Le agradezco infinitamente y salgo de allí pedaleando.

Es una excelente bienvenida a la comunidad bicicletera de la isla.

Bicicletas (II)

Jueves, 24 de mayo

Los vi apenas llegué a las islas. Muchas bicicletas llevan un asientito extra en el eje central, entre el sillín del conductor y el manillar.

Son asientos que imitan al principal, pero mucho más pequeños, de madera pulida, enganchados mediante dos ejes y dos tornillos a la estructura metálica. Poco me costó imaginar su uso, que vi en juego en todo Puerto Ayora: allí viajan las criaturas.

En Europa, para hacer exactamente lo mismo se necesitarían sillas de marca, carísimas. Hechas con materiales especiales, por supuesto. Y estandarizadas mediante doscientas normativas ISO-algo-y-algo.

Bendita sea la simplicidad sudamericana.

Comiditas

Sábado, 26 de mayo

En Galápagos el "almuerzo" —palabra a la que a veces se le agrega el adjetivo "criollo", para diferenciarlo quien sabe de qué— sigue un modelo estándar, al parecer, repetido por todos los locales que lo despachan en Ayora, o, al menos, todos los que de momento yo he visitado en Barrio El Edén y en algunos puntos de la avenida Baltra arriba.

Comienza por un "primero" que consiste indefectiblemente en un cuenco de sopa, cuenco en el que puede haber carne, pescado, bolón, pollo o legumbres, y al que se le agrega cebolla y hierbas, papas y, a veces, algunos fideos.

Y termina con un segundo que, también indefectiblemente, es una bandeja o plato grande cuya mitad está cubierta por arroz blanco, suelto. La otra mitad suele repartirse entre un acompañamiento de patacones, "menestra" (legumbres como lentejas, o verduras cocidas) o ensalada, y el "segundo" en sí, que puede ser un plato de la cocina tradicional, como ceviche o sango, o algo sencillo, como pollo hornado o carne panada.

A veces hay un postre. Un guineo, o una factura. Y para acompañar, puede haber una colada de avena, o un juguito, o un jugo de limón disuelto en agua y endulzado con panela.

Generalmente se le agrega la partícula diminutiva "-ito" a la descripción del almuerzo. "Un almuercito con cevichito", por ejemplo. Aún no he averiguado si es una costumbre genérica o si se lo hace para darle una presentación más cariñosa al menú.

Muchos recién llegados no-ecuatorianos no soportan esta dieta más de un mes. Yo todavía aguanto. Veremos hasta cuándo.

Mip

Domingo, 27 de mayo

Veo el cartel es un poste de luz cerca de casa, subiendo al colegio San Francisco. Es la foto de un gatito.

Lo conozco, al michifuz. He visto antes esas manchas negras sobre un suave y pelusero fondo blanco.

Se llama Mip, y sí, claro que lo he visto. Es el gato de la señora de la lavandería de la esquina. Le he hablado, incluso he hecho el infructuoso amago de jugar con él. Pero es chiquito y anda siempre alborotado.

Su dueña lo está buscando, se perdió el viernes pasado. Y dado que las gatas que rodean mi edificio están en celo, asumo que Mip se habrá ido tras alguna de ellas. Es un enano, pero no tanto.

Más allá de que siempre me entristecen esos carteles de perros o gatos perdidos —esos pedidos de ayuda de personas que buscan a sus pequeños compañeros extraviados—, me llama la atención el nombre del minino. Mip. ¿De dónde salió? Asumo un origen exótico, de una lengua indígena de las tierras bajas ecuatorianas. ¿Shuar, quizás? O tal vez es un préstamo de algún *manga* japonés, o de algún dibujo animado moderno, de esos que desconozco...

Justamente la señora está barriendo el frente del local cuando paso. Pregunto por el pequeño, pero sigue sin aparecer. Y aprovecho para solventar mi duda: ¿qué quiere decir "Mip"?

Casi ceremoniosamente, la mujer responde.

"Manejo Integrado de Plagas".

Fotos perdidas (III)

Viernes, 1 de junio

Cruzo el canal de Itabaca. Voy en la proa, al lado de una de las puertas de la *panga*. El oleaje golpea la embarcación, y el agua entra, convertida en espray por la brisa, y me va mojando.

A través de mis lentes cubiertos de diminutas gotitas de agua salada veo una bandada de pelícanos pardos, pescando en el medio del canal. Parecen haber encontrado un buen filón, porque son una docena y media y no dejan de elevar el vuelo para caer en picado y zambullirse. Lo hacen una y otra y otra vez, en lo que parece una rueda, una de aquellas primitivas animaciones que giraban en torno a una lámpara mostrando la misma escena...

Detrás de ellos van las gaviotas de lava, intentando robarles algo, o confiando en que se les caiga la presa de sus enormes picos. No parecen tener demasiada suerte... Una de ellas está a punto de subirse a lomos de su perseguido. Y lo hubiera hecho si no fuese porque el pelícano, probablemente harto de semejante acoso, agita las alas pesadamente y alza el vuelo.

Ya en tierra, en la parte alta de Santa Cruz, veo desde el taxi un perrito raza "perrito" golpeando la puerta de la que supongo será su casa, allá en Bellavista. Araña con la patita y luego se sienta tranquilamente, seguro que a esperar que le abran. Casi al

lado, una mujer vende guanábanas dispuestas ordenadamente sobre una enorme mesa. Calculo unas noventa, así al primer golpe de vista, ubicadas en líneas y columnas que componen una cuadrícula perfecta. El taxi circula rápido, de modo que la dejo atrás antes de poder fijarme en cualquier otro detalle (¿le habrían abierto la puerta al perrito?). Lo cual es una pena, porque seguro que había muchos más.

Y ese, creo, es el principal encanto de estas islas. No sus iguanas, y sus tortugas, y sus tiburones, aunque sean espectaculares, ni sus lobos marinos y sus fragatas. Las pequeñas cosas. Los pequeños detalles, en especial los humanos, en los que ningún turista se fija y en los que los residentes ni siquiera reparan.

Apuestas

Sábado, 2 de junio

Los taxistas resultan ser los mejores informadores de Santa Cruz, he comprobado, sobre todo si uno les da charla, algo que jamás dejo de hacer. Básicamente porque me gusta tirarles de la lengua y hacer que me cuenten historias

Supongo que será una casualidad, pero todos los que me han tocado en suerte hasta ahora viven en Bellavista, en la parte alta de la isla. Y allí, me dicen, se desarrolla una suerte de cultura rural recreada por distintas generaciones de migrantes de diversos orígenes. Ya me han contado de la "feria de comida" de los domingos: la gente sube incluso desde Ayora en *chivas*, autobuses coloridos que salen de la avenida Baltra cada diez minutos; semejante frecuencia no es de extrañar, pues el viaje cuesta meros centavos y la gente anda deseosa de algarabía. Hay allí un buen número de platos campesinos, desde el chancho hornado a los tamales. Y bebidas. "Su guarapito con su punta de caña, o su guarapito así nomás, sin alcohol" me describió un conductor.

Pero más allá de la comida, lo que hay los domingos en Bellavista es vólei. También hay cartas, y peleas de gallos, pero la gente sube por el vólei. El vólei es el único entretenimiento de la isla, me señalan: la playa está bien, y el mar, y los animales y demás, pero al final termina aburriendo. El vólei no.

Y en el vólei, la gente apuesta. Y fuerte.

"¿Cuánto es *fuerte*?", lo pincho a un taxista, que me va refiriendo aventuras y desventuras de algunos voleiboleros isleños. "Ochocientos, mil dólares" me dice, y se queda tan tranquilo. "Fuerte", insiste luego. Silbo, y mi admiración no es fingida. No es poca plata en un lugar en el cual ganarse un mango cuesta sudor, lágrimas y otras cosas. Al parecer los jugadores hacen fondo común, y el equipo ganador se lleva la bolsa y la reparte.

Pero el público también apuesta. Eso lo he visto hacer en Ayora, yo mismo. "Pero no apuestan tanto", hace la salvedad mi informante motorizado. "Cien dolaritos, doscientos a lo sumo, pueden apostar".

"Un poco un vicio, todo eso, ¿no?", sigo pinchando. "Bueno..." rezonga mi interlocutor. "Yo solo apuesto diez, quince dolaritos, cuando juego al vólei". "Cómo para comprarse la cerveza del final...", sugiero. "Ya, es que hay que rehidratarse, amigo...", ríe.

Y, sí. Todo sea por la rehidratación. Y el entretenimiento en una isla que, en ocasiones, puede resultar absolutamente desentretenida.

Músicas

Domingo, 3 de junio

Almuerzo en un sitio de la avenida Baltra. Está lleno. Me siento en una mesa con otros tres extraños. Musito un "buen provecho" que es respondido por todos con una amable inclinación de cabeza y un "gracias" apenas largado entre cucharada y cucharada de sopita.

Porque sí, aquí también de primero hay un tazón de sopa. Bien caliente, no vaya a ser que nos enfriemos, andando en bicicleta tan desabrigaditos por esas gélidas calles de Puerto Ayora...

(Modo sarcasmo *off*).

En un local cercano tienen la música a todo lo que da. No recuerdo qué es lo que venden, pero estoy seguro de que no ofrecen ni CDs ni aparatos de música. Suena folklore criollo ecuatoriano: una cantante entona pasillos, algunos bastante famosos, sobre traiciones y desamores, y partidas, y regresos vanos.

La mujer que sirve los almuerzos va de las mesas a un ventanuco que conecta con la cocina. Desde allí grita hacia adentro las órdenes.

"¡Deme un almuerzo de pollo hornado!"

Y tras eso sigue su trajín. Y todo el tiempo va cantando entre dientes los pasillos, que se escuchan como si tuviéramos a la banda tocando en una de las mesas, lista para pasar la gorra al finalizar su actuación. Ella parece sabérselos todos: a veces hace coros, otras veces delinea la melodía, con bastante buen oído, a mi parecer.

Entra un hombre al almorzadero. Es el dueño del local de la música.

—¡Pero vecino! ¡Me va a hacer llorar con esas canciones! —se queja la mujer.

Y sigue de mesa en mesa, poniendo cubiertos, llevando jugos, alzando platos, sin dejar de cantar. Hasta que llega al ventanuco por enésima vez y grita hacia adentro, antes de pegar la vuelta y volver a sus pasillos.

"¡Deme un almuerzo de pescado encocado!"

Infidelidades

Lunes, 4 de junio

Tengo que acudir a la sala de emergencias del hospital de Puerto Ayora. Desde hace unos días ando con un fuerte dolor de garganta que no me deja dormir siquiera. Así que me hago una escapadita, dejo la bicicleta apoyada fuera, en la pared, entro y el encargado me asigna un lugar en la lista de espera. "Usted va después de esa señora", me dice. Y me deja en la sala de espera.

A solas con cinco mujeres.

Mi llegada parece haber interrumpido su conversación previa. Doy los buenos días y me siento. Poco a poco retoman la charla. Hablan de maridos infieles. La que llevaba la voz cantante antes de mi llegada engancha la hebra nuevamente.

—Y voy y me entero, vea, que el muy ruin estaba con otra. Así que cuando volvió a Ayora yo lo estaba esperando, y le tiré todititas sus cosas a la calle, a los gritos, pa' que todo el vecindario se enterase.

—Si es que todos los hombres son iguales —apunta otra. —Deles la oportunidad y la llenan a una de cachos.

Yo estoy siguiendo la conversación, obvio, aunque con la mirada perdida en el tablón de anuncios que tengo enfrente. El silencio prolongado tras la última frase me llama la atención, así que vuelvo la vista, y me las encuentro a las cinco mirándome a mí, más pícaras que otra cosa.

No puedo evitarlo: suelto una carcajada. Y ellas conmigo.

El buen remedio

Martes, 5 de junio

Hospital de Puerto Ayora. Otra vez. En la sala de emergencias, la gente comenta la epidemia de gripe — esa que me ha alcanzado.

—Vea, amiga, es que yo anduve con una "influencia" de esas —dice una mujer, y apunta a un tablero colgado de un muro, en el que se exhiben instrucciones sobre cómo actuar "en caso de influenza o gripe".

—Ah, vecina, mi hijo estuvo con eso también, pero el doctor le mandó unas "nevoluciones"...

—"Nebuliciones" —corrige un señor que está apoyado en la pared y parece que si se la quitaran se desparramaría en el suelo.

—Nebulizaciones —intenta un tercero, esta vez con suerte.

—Eso —palmea la mujer.— Santo remedio, vea.

—Contra la gripe, dos vasos de caña y a la cama. Y si se quiere beber toda la botella, mejor que mejor, así duerme del tirón. Se levanta uno como nuevo —apunta el viejito

que está sentado al lado mío. "El alcohol mata todos los bichos", razona una señora, dos asientos más allá.

—No le va a dar caña a una criatura... —rezonga una chica embarazada, en la esquina.

—Usted dele caña desde pequeño y cuando son grandes la aborrecen, no les gusta. Y mire, así va a tener menos borrachito por ahí —insiste el viejito, convencidísimo.

Se hace un silencio sepulcral. Si uno presta atención, casi pueden escucharse los engranajes cerebrales de todos los presentes, buscándole la vuelta a aquella afirmación. ¿Y si fuera cierto? Tanta medicina china, tanta cosa alternativa, tanta homeopatía y sahumerio indio y tanta bobería dando vuelta por ahí, oiga... ¿Por qué no podría ser la caña manabita, el limpio y dulzón aguardiente de toda la vida, el "buen remedio"?

—Si usted lo dice... —es lo único que se escucha, tímidamente, un minuto después.

Dolores

Miércoles, 6 de junio

Calle de Puerto Ayora, de cuyo nombre ni siquiera voy a hacer el intento de acordarme, porque su recuerdo u olvido no afecta en absoluto al desarrollo de esta anécdota. Un hombre, mayor él, sentadito a la vera de la acera. Me le voy aproximando cuando un individuo detiene la bici justo a su lado.

—¿Cómo está, vecino?

El otro alza la vista, reconoce a su interlocutor, levanta la mano en un saludo y comenta que tiene un dolor de cabeza que lo está matando.

La respuesta es rápida. Y casi la estaba esperando. Porque la he escuchado tantas veces en América Latina —por personas de ambos sexos, me apresuraré a apuntar— que me arriesgaría a decir que la llevamos en nuestro código genético y la lanzamos al aire por puro instinto.

—Esos son los cachos, que están creciendo.

La fauna humana

Jueves, 7 de junio

Salgo de casa y recorro las dos cuadras que me separan de la farmacia. Tengo que comprar un jarabe expectorante: el catarro que pesqué, amén de hacerme doler la garganta de forma inmisericorde, ya me está haciendo picar el pecho y escupir flema. No pinta bien, y prefiero atajarlo.

Apenas doy vuelta la esquina, dejo el comedor de mi cuadra atrás —un par de mujeres están y trabajando allá adentro, en la cocina, seguramente preparando el menú del día siguiente— y paso por el salón de una casa, abierto de par en par. Hay un montón de sillas de plástico ordenadas frente a una televisión; sobre esta, un cartel que va de pared a pared y dice "Felicidades, mamita". Sentado entre tanta silla, blanca, de plástico, un niño de unos 8 años, de traje y corbata, parece aburrirse solemnemente esperando el acto principal, que, con semejante disposición de elementos, no puedo imaginar siquiera cual puede llegar a ser.

Más allá, a media cuadra, unos hombres bajan sacos de arpillera de 20 kilos de hielo molido, y cajas de pescado fresco, albacoras y wahoos y peces brujos. Descargan todo en una casa con el patio del frente poblado de enormes heladeras portátiles, de telgopor y plástico y metro y medio de largo, que una mujer va llenando primero de hielo y luego de pescado.

Compro el jarabe, que no necesita receta, me dará un buen resultado —eso me indica la farmacéutica— y me costó la friolera de diez dólares. En la ruta de vuelta, los hombres siguen descargando pescado y el niño sigue esperando el misterioso evento. Y cuando paso frente a la panadería, una niña pregunta desde la puerta que cuánto cuesta el agua, y la panadera le responde desde dentro que un dólar, y la niña replica si no se la puede dejar a noventa céntimos, porque es todo lo que lleva. La niña no tendrá ni ocho años.

Llego a casa, pensando que el que vino a Galápagos a estudiar a los animales se equivocó de objeto de investigación. Lo mejorcito, lo más jugoso, está en los seres bípedos que llenan de ruidos este rincón del mundo.

Melodías universales

Viernes, 8 de junio

No importa en dónde esté uno, siempre hay melodías que lo arropan.

La de la lluvia, por ejemplo, sonando en los mil techos de chapa y plástico que me rodean, cayendo por las tuberías, formando charcos, repicando en el cemento de terrazas y patios...

Aleta

Domingo, 17 de junio

Acabo de recorrer en kayak buena parte de la bahía que compone Playa Mansa, allá en Tortuga Bay.

Fue un paseo largo. Me detuve junto a los manglares para pispear las aves que descansaban en sus ramas y deleitarme con el entrelazado de las raíces, que siempre me parece el diseño de un maestro orfebre, o el de un viejo iluminador irlandés de manuscritos medievales. También lo hice en el medio del mar, justo cuando comencé a notar las enormes cabezas de varias tortugas verdes que salían a respirar y, de paso, a echarme un vistazo, allí solito, montado en aquel pedazo de plástico amarillo.

Fue en una de esas paradas cuando escuché el ruido chirriante, como si un descomunal papel de lija pasara por el costado de mi embarcación. Al asomarme vi como surgía del agua una aleta de dos palmos y, poco después, una cola.

Ambas pertenecían a un tiburón de buen tamaño, que al parecer había elegido mi kayak para rascarse el lomo. Y, de paso, para helarme a mí toda la sangre del cuerpo.

Fue así como averigüé que los tiburones me dan pánico.

Crías

Lunes, 18 de junio

La imagen era la que llamaba la atención en Pelican Bay: una mamá foca amamantaba a su cría. Una cría en absoluto pequeña.

Pero solo unos pasos más allá había otra imagen que pasó totalmente desapercibida: una iguanita marina recién nacida dormía, totalmente extendida, y parcialmente apoyada en la enorme cola negruzca de una iguana adulta que descansaba a su lado, disfrutando igualmente de unos pocos rayos de sol.

Blanco sobre gris

Martes, 19 de junio

Son como pequeños trazos de tiza blanca marcados sobre una cartulina gris oscuro. Trazos que se mueven sin dejar estela. El telón plomizo rompe por un momento su monotonía y la recupera luego, tras un espectáculo que dura solo unos momentos.

Como todas las tardes a las 6 en punto, las garzas vuelven de las tierras altas de Santa Cruz a la costa. Y sus plumajes albos destacan sobre el eterno gris del cielo galapagueño en tiempo de garúa.

Isabela PaPIS - Tours Welcome
Se Saca copias de llaves
PAPISTOUR
VOLCANSIEFRANEGRI
Cola
Agua
Galapagueva Muro de las Lágrimas Cueva de Sucre
WBA-653

Por causalidad...

Viernes, 23 de noviembre

Me lo contó un amigo en isla Isabela. Un amigo surfero que ha aprendido a tomarse la vida con mucha calma — algo indispensable para cualquiera que viva o intente vivir en aquel sitio, un lugar con unas gentes y unos ritmos terriblemente peculiares.

Ya había caído la noche en Puerto Villamil, la capital isleña, y hacíamos tiempo en la puerta de una institución en la cual teníamos una reunión de trabajo, esperando a que llegase todo el mundo, cuando pasó por delante nuestro un hombre que saludó amablemente a mi cumpa. "Adiós, Chino", le dijo. "Adiós, Julián", respondió "el Chino", que es como todo el mundo conoce a mi amigo por aquellos andurriales. Ambos vimos como Julián se perdía de vista, caminando por el medio de la calle. Fue entonces cuando mi compañero pareció recordar algo particularmente gracioso y, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al punto en donde aquel individuo se había perdido en la noche, y con una media sonrisa en la cara, me refirió lo siguiente.

—Ese es Julián. Hace cosa de un mes yo estaba en este mismo lugar, esperando por una reunión como la que vamos a tener ahora. Y justamente pasó Julián, como acaba de pasar ahora. Pero el man venía hecho funda —y aquí hizo un gesto que describía claramente el grado de borrachera descomunal al que se refería.— Se me acerca y va y me dice, dice "Chino, tú por... p-p-por causalidad... y aquí, entre nos-s-s-otros, ¿no... no tendrás una pistola?"

No pude contener la carcajada, supongo que por el inesperado desenlace de la frase. Mi amigo reía también.

—Y yo voy y le digo "Pero no, ¡qué voy a tener yo una pistola!" Y, claro, me dice "Ah, no... bueno, no p-p-pasa nada, no-no... te preocupes...". Y yo voy y le pregunto "Pero tú ¿para qué quieres una pistola?", porque, claro, estaba asombrado, imagínate. Y va y me dice "Es que... es que t-t-tenía un asunto que arreglar, pero... no te preocupes, ya lo arreglo... ya lo arreglo otro día, ve".

Nos reímos bastante con la anécdota.

—Se ve que, si terminó arreglando ese asunto pendiente, no lo hizo con una pistola —agregué yo al rato.

—Mmmmno, se ve que no.

Pintura

Sábado, 24 de noviembre

Mi mejor amigo en Santa Cruz es un personaje magistral, mezcla de estudioso y pirata, buen músico, mejor cocinero y mucho mejor barman y pinchadiscos aún. Esta última característica lo hace el individuo perfecto para pasar una tarde-noche-madrugada de *chill-out*, o de directa borrachera, dependiendo de lo que uno ande buscando y de hacia donde vayan las cosas. Porque, claro, uno propone pero Dios dispone... Y el Dios de los músicos suele ser de designios poco claros.

Habíamos abierto una botella de Beefeter para compartir un *gin-tonic* y cerrar una semana de trabajo particularmente intensa. La guarida de mi amigo es un ambiente lleno de las más variopintas de sus propiedades. Incluyendo sus instrumentos. Uno de ellos, una guitarra acústica, tiene la tapa pintada. Siempre me había llamado la atención: nunca consideré pintar la tapa de un instrumento de cuerda, por los efectos que pudiera tener en la sonoridad del instrumento, hasta que vi la viola del cantautor argentino León Gieco y me llené de envidia. Y la de mi cumpa también es para envidiar: tiene sobre su tapa un hermoso paisaje andino, de esos que los artistas indígenas locales suelen realizar sobre pequeñas tablitas, o incluso sobre algún lienzo, con un estilo un poco *naïf*.

Sin yo preguntarlo, me contó el origen de la pintura. Estaba en La Paz, Bolivia, y un pintor callejero le ofreció sus cuadros, obras realizadas en pequeñas piezas

cuadrangulares de madera, de no más de 15 cm de lado. Mi amigo le pidió que le pintara la tapa de su guitarra, y que calculara el precio del trabajo en base a cuántas piezas cuadrangulares de 15 cm cupieran en la superficie de su instrumento.

El artista quiso saber qué debía pintar. Sonreí ante la respuesta de mi pana, porque hubiera sido la que yo mismo hubiera dado. "Le pedí que me pintara el mejor recuerdo de su infancia", me dijo.

"Y ahora tengo esta piecita que le compré de su colección", concluyó mi amigo, señalando un cuadradito de madera colgado en la pared, "y una guitarra llena de colores, con un paisaje que muestra una fiesta de Inti Raymi en un pueblito de los Andes bolivianos, hace una treintena de años".